

EL CLAN DE LOS GEORGIANOS

SU gran virtud es la fidelidad. Porque fiel sin duda lo ha sido a su descubridor desde que, en 1972, siendo ése oscuro gobernador de Georgia, se presentó un buen día en su despacho para asegurarse que si seguía al pie de la letra las instrucciones que iba a darle, podría llegar a la Presidencia de los Estados Unidos.

Su segunda virtud —o la primera, según se mire— es la fe en el hombre. O más concretamente, en un hombre llamado Carter. Porque hace falta también una fe sin límites para intentar hacer de un saco de mediocridad como Jimmy Carter alguien digno de sentarse en el sillón que en su momento ocuparon Jefferson, Roosevelt o John Fitzgerald Kennedy. Claro que el mérito es bastante menor si tenemos en cuenta que en ese sillón habían dejado últimamente sus huellas las posaderas de Nixon y de Ford.

La fe, en todo caso, fue recíproca. William Hamilton McWhorter Jordan creyó ciegamente en James Carter, y el ingeniero metido a cultivador de cacahuetes creyó a su vez que el joven —veinte años más que él— y ambicioso politólogo que tenía delante, era un auténtico genio. Siguió, pues, aquél las instrucciones estratégicas que le había marcado su joven mentor en un memorándum, ya histórico, de setenta y dos páginas, y de esa forma programado —con el apoyo, entre bastidores, de la Trilateral—, el oscuro granjero de Plains, Georgia, llegó a la Casa Blanca, tal y como Jordan le prometiera cuatro años antes.

La virtud, recompensada

No es, pues, de extrañar que ahora las indudables virtudes de Hamilton Jordan, treinta y cuatro años, se hayan visto suficientemente recompensadas por su poderoso beneficiario. En medio de la insólita escabechina ministerial, que provocó, hace un par

Al enterarse de la escabechina ministerial y del paralelo nombramiento de Hamilton Jordan, hombre de confianza de Carter, como nuevo jefe de personal, con plenos poderes de la Casa Blanca, cierto representante del Partido Demócrata exclamó: "¿Será posible? Se cargan los árboles y, sin embargo, dejan a los monos".

de semanas, un auténtico pasmo en el país (ver TRIUNFO número 861, "Crisis de poder en los Estados Unidos"), el Presidente iba a nombrar a "Ham" Jordan jefe de personal de la Casa Blanca. Es decir, alguien con atribuciones para hacer y deshacer prácticamente a su antojo entre los más de quinientos

¿Cómo es, en realidad, este "Anfibal" Jordan, como le llama, entre irónico y despectivo, el portavoz de la Cámara de Representantes, O'Neill? Quienes le conocen de cerca dicen que aparte de su fidelidad a Carter, de una buena memoria para las personas y de un cierto instinto natural para manipular a la gente, es



Hamilton Jordan, nuevo jefe de personal de la Casa Blanca, junto a Carter: "Soy el segundo hombre más poderoso del mundo".

colaboradores de la Presidencia. "Soy el segundo hombre más poderoso del mundo", dicen que va por ahí proclamando Jordan de sí mismo. Y parece que es verdad, pues según el jefe de prensa, Jody Powell, otro integrante del clan de los georgianos que rodea a Carter (1), lo que en adelante tenga bien ordenar Jordan, es como si lo ordenase el propio Presidente.

(1) Otros miembros del clan de los georgianos, además de Jordan y Powell, son Stuart E. Ezenstadt, consejero de política interior; Frank Moore, jefe del "lobby" presidencial en la Cámara, y Gerald Rafshoon, consejero para los medios de comunicación. Ver también TRIUNFO 812: "El 'pell'grosso' Carter".

un individuo más bien vulgar. Como estudiante de politología en la Universidad de Georgia fue bastante mediocre. Y sus conocimientos de política internacional, insinúan algunos maliciosos, se limitan seguramente a lo que pudo haber aprendido en los dos años que pasó en el Vietnam como miembro del cuerpo de voluntarios.

"Por fin puedo decir que he visto las pirámides"

Se cuentan mil anécdotas sobre el grosero sentido del humor de Jordan. Un humor

de "cow-boy", que es como solía ir además vestido hasta hace poco. Últimamente parece haber dejado los vaqueros y las botas de caña alta por los zapatos y los trajes mejor o peor cortados. Dicen que es el terror de las damas en los cócteles, porque una de sus máximas diversiones consiste en verterles a las invitadas por el escote el contenido del vaso que lleva en la mano.

La anécdota que más ha corrido sobre su persona es una que tiene como coprotagonista a la esposa del embajador egipcio en Washington. Parece que durante un banquete, Jordan, que estaba sentado al lado de la embajadora, deslizó un momento su mirada por el generoso escote de la dama y exclamó descaradamente: "Por fin puedo decir que he visto las pirámides".

¿Y su pensamiento político? Nadie lo sabe. Cuando le preguntan, él da siempre idéntica respuesta: "Mi único compromiso es con Jimmy Carter". También suele explicar: "Lo que mejor se me da es diseñar procesos que permiten la consecución de determinados fines". Ganar unas elecciones, por ejemplo.

Nadie, hasta ahora, parece haber podido nada más profundo. Claro que esto no le importa tampoco demasiado a Carter. De lo único que se trata a estas alturas es de obtener otra vez el nombramiento de su partido cara a las próximas elecciones. Y seguramente, Jordan le habrá dicho a su valedor que no haga caso de lo que puedan indicar las encuestas sobre su impopularidad, que para eso está allí su hijo bien amado, en quien debe depositar toda su confianza, y que, si lo hace, le ayudará a conseguir un segundo mandato.

Ignoramos cuántas páginas tendrá ese segundo memorándum estratégico que Hamilton Jordan debe estar febrilmente preparando ahora para Carter. Pero si ése consigue sentar por otros cuatro años en el sillón presidencial al cacahuetero de Plains, esta vez habrá que levantarle incluso un monumento. En pleno jardín de la Casa Blanca. ■ J. R.